

EL PAISAJE SONORO DE LA CIUDAD DE VALENCIA.
EL CICLO DIARIO.

José Luis Carles

Es de noche. El agua fluye dulcemente por un canal de riego próximo. El cantar de los grillos llena de melodías puntuales el espacio sonoro próximo a la muralla. Se produce un leve descenso de esta multitud de cantos aleatorios mientras un ruiseñor canta a lo lejos. El silencio se aproxima pero no llega a producirse. Tan sólo es un instante de expectativa antes de que un pájaro próximo se haga notar despertando una sucesión de nuevos cantos de su misma especie.

Alguien se acerca con un sonido metálico y mientras las campanas ya suenan anunciando el nuevo día, la cerradura cede trabajosamente y la puerta se abre, lentamente.

Voces, pasos, carros, caballerías, van apareciendo en el escenario sonoro de la ciudad. Los acontecimientos parecen precipitarse. Los artesanos preparan sus herramientas y comienzan a desarrollar sus hábiles tareas mientras los vendedores preparan sus mercancías y anuncian a gritos sus productos. El bullicio crece y pronto el ruido es ensordecedor. La mañana transcurre puntuada regularmente por las campanas.

Llega el mediodía y el susurro del agua fluyendo, que había desaparecido sumergido en las oleadas sonoras de la bulliciosa población, emerge nuevamente...

Tras un nuevo aviso desde el campanario próximo vuelve a crecer la actividad. De nuevo pasos, voces, animales, carros, talleres, cantos infantiles atraviesan el espacio y el tiempo en la tarde de la ciudad. Pero pronto todos deberán recogerse. El día toca a su fin. Las puertas de la muralla se cierran lentamente tras los últimos agricultores que retornan hacia las huertas cercanas con sus fieles acompañantes (mulos, caballos, perros...).

Suenan las últimas campanas. Ya es de noche y sólo se escucha el lento discurrir del agua por las acequias, lento como el cíclico devenir de los días en el entorno de la muralla.

Madrid, Octubre de 1990